

LA CATÁSTROFE DE BURGOS.

Despues de los extensos pormenores dados por la prensa acerca de este triste suceso, producido por un choque de trenes entre las estaciones de Burgos y Quintanilleja, no vamos á entrar en detalles sobre el mismo; pero su resonancia ha sido tal, y tan grandes la pena y el quebranto que ha originado, que no vacilamos en extractar la interesante relacion hecha por el Sr. D. Manuel Soriano, hermano de nuestro querido amigo y colaborador D. Rodrigo, salvado milagrosamente de aquella hecatombe.

Ocupaba el Sr. Soriano una berlina del mismo coche en que iba nuestro infortunado compañero D. Lorenzo Leal, Director que era de *El Guipuzcoano*, y desde los cristales de las ventanillas vió durante todo el viaje á la desgraciada familia del apoderado del duque de Medina-Sidonia, Sr. Martinez, que ocupaba un departamento en la cabeza del tercer carruaje.

Al chocar los dos mónstruos de hierro encontrábase el Sr. Soriano echado sobre el divan que hace el servicio de cama, y empezaba á dormir.

Un ruido formidable, estruendoso, sólo comparable con el producido por el disparo simultáneo de varios cañones de gran calibre, hizole despertar; de pronto sintió que el coche elevábase á gran altura montándose sobre el que iba el Sr. Martinez y su familia; despues, y sin darse cuenta de lo que pasaba, sintió un espantoso crujido de hierros y astillas, y rodó su cuerpo desde la altura de un segundo piso; cuando él creía ir á parar á un inmenso precipicio cesó de rodar y se encontró á un lado de la vía, aprisionado por multitud de tablas y hierros que le impidieron moverse.

Ni un grito, ni un ¡ay!, ni siquiera los lastimeros gemidos de los

moribundos llegaban á sus oídos; un aterrador y sepulcral silencio reinaba en su derredor.

Este detalle por si solo basta para hacer comprender que los primeros momentos que siguieron á la catástrofe fueron de terror. Los viajeros que resultaron ilesos, sobrecogidos de espanto, apenas si podían balbucir palabra.

Cuando el Sr. Soriano disponíase á desembarazarse de los hierros y maderas que sobre sí tenía, una detonacion estruendosa sonó en el espacio; eran las calderas de las máquinas que hacían explosion saltando en mil pedazos, y lanzando con furia chorros de agua hirviendo.

Estremecióse de espanto y con el corazón oprimido, sin poder apenas respirar, cubrióse con ambas manos la cara y ojos, viéndose envuelto en densa nube producida por el vapor que escapaba de las enormes válvulas que la presión había abierto en las calderas.

Por fin pudo verse libre el Sr. Soriano de la carga que sobre sí tenía, y darse cuenta de la horrible catástrofe que allí se había desarrollado en breves instantes.

Aun no había salido de su sorpresa cuando una señora elegantemente vestida se acercó á él abrazándolo y dando gritos desgarradores.

¡Salve usted á mi esposo! venga usted conmigo!... yo le enseñaré en dónde está. El Sr. Soriano siguió maquinalmente a aquella mujer y de entre una mole de astillas ayudaron á salir á su esposo, que no era otro que el general Castro, que también iba en el exprés. A poco se reunieron al Sr. Soriano los señores Canalejas, Comas y gran número de personas que se habían salvado de la catástrofe.

En aquellos momentos un nuevo suceso vino á sembrar la alarma entre ellos; al choque de las locomotoras quedaron destrozados varios vagones que con ganado vacuno traía el mixto; algunas vacas al verse libres salieron como exhalaciones por el campo, tratando de embestir á los viajeros; estos pudieron ahuyentarlas arrojando contra ellas todo lo que encontraban á mano.

El primer cuerpo que se extrajo de aquella mole de hierro y maderas, fué el del malogrado director de *El Guipuzcoano* D. Lorenzo Leal; un tablón habíale aplastado el estómago, y en la cabeza, de sien á sien, tenía una gran herida, ambas mortales por necesidad.

El Sr. Leal fué conducido cerca de una hoguera encendida por los expedicionarios con los restos de los coches (pues el frío dejábase

sentir) y un sacerdote que venía en el tren mixto le prodigó algunas palabras de consuelo; la vida de nuestro buen compañero fué extinguiéndose por momentos y á los cinco minutos dejó de existir sin pronunciar una palabra ni exhalar la menor queja.

El Sr. Soriano, que no conocía al Sr. Leal, miró la cartera que se encontró sobre el cadáver y por la cédula y tarjetas pudieron saber quién era. En el cuerpo de la víctima sólo se veían la americana hecha trizas, y de los pantalones sólo algun vestigio.

Su fallecimiento causó en todos los que le rodeaban gran amargura.

Los primeros socorros, que eran esperados con mortal ansiedad, tardaron en llegar una hora.

No hay pluma que pueda reseñar fielmente las desgarradoras escenas que allí se sucedieron.

El Sr. Soriano resultó con un ligero rasguño en la frente y la ropa destrozada.

El saco de viaje que llevaba, y ha traído como recuerdo de tan espantosa catástrofe, quedó triturado por completo.

En el lugar de la catástrofe causó gran admiracion el heroico valor de que dió pruebas una hija de la señora marquesa de Castro-Serna, la cual, no obstante tener un brazo roto, ayudó en los trabajos de salvamento.

